

## CAPITULO IX

EL P. LAÍNEZ EN FRANCIA

1561-1562

SUMARIO: 1. Es enviado el P. Láinez al coloquio de Poissy con el Cardenal de Ferrara Hipólito de Este.—2. Empieza el coloquio el 31 de Julio de 1561.—3. Lo que en él se hizo antes de llegar el P. Láinez. Reconoce el coloquio de Poissy á la Compañía.—4. Disputas con los herejes y notable discurso del P. Láinez en el coloquio en presencia de la Reina.—5. Esterilidad de los trabajos de nuestro Padre.—6. Dase á la predicación y procura hacer bien en conversaciones particulares.—7. La Compañía es reconocida por el Parlamento y se compra el solar para construir el colegio de Clermont en París.—8. Manda el Papa al P. Láinez ir al Concilio de Trento.—9. Llega el P. Nadal á París y hace la visita de los Nuestros.—10. Láinez y Nadal dirígense á Bélgica, y dejando allí al P. Visitador, encáminase el P. Láinez con el P. Polanco al Concilio de Trento.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Regestum Láinez*.—2. *Epistolae P. Láinez*.—3. H. Grisar, *Jacobi Láinez Disputationes Tridentinae*.—4. *Epistolae P. Nadal*.—5. *Epistolae P. Polanco*.—6. Polancus, *Epistolae Láinez*.—7. Archivo secreto del Vaticano. *Lettere dei Principi*.—8. *Epistolae Galliae*.

1. Mientras visitaba Nadal las casas de España y componía felizmente tantos y tan complicados negocios, nuestro P. General Diego Láinez prestaba á la Iglesia en Francia importantes servicios. Aunque el hecho que vamos á referir pertenece de lleno á la Asistencia de Francia, y será explicado por quien escriba la historia de la Compañía en aquella nación, con todo eso, el ser españoles los PP. Láinez y Polanco nos obliga á decir alguna cosa sobre lo que hicieron en la célebre asamblea conocida con el nombre de *Coloquio de Poissy*. Por muerte de Enrique II, ocurrida en 1559, había pasado la corona de Francia á su hijo Francisco II, y muerto éste al poco tiempo, entró á reinar Carlos IX, niño de doce años, bajo la tutela de su madre, Catalina de Médicis. Entonces empezaron á levantar cabeza en Francia los calvinistas, que si bien se habían propagado bastante en los reinados anteriores, reprimidos por

Francisco I y Enrique II, nunca pudieron sobreponerse á los católicos. Ahora, con la minoría del Rey y con la complicidad más ó menos embozada de la Reina, cobraron aliento, se dieron arte para introducirse en el Parlamento, en las cátedras universitarias y en los más altos empleos públicos, y creyeron llegada la hora de igualarse con los católicos y aun de dominarlos, como lo hacían en Alemania los luteranos. Así empezó en Francia aquella era desastrosa de guerras de religión, que duró unos treinta años y se cerró hacia 1590 con el advenimiento de Enrique IV.

Al principio de estas revueltas se juzgó oportuno convocar una junta ó concilio donde, reunidos los hombres más ilustres entre los católicos y calvinistas, discutiesen los puntos controvertidos en materia de religión, resolviesen las dudas y estableciesen alguna concordia entre ambas partes. Esta junta, que fué llamada *Coloquio de Poissy*, del lugar en que se celebró, en las inmediaciones de París, había de ser un remedo de las Dietas de Alemania y producir los mismos resultados, cuales eran, hablar mucho, disputar mucho y no resolver nada.

Aunque no había grandes esperanzas de conseguir fruto sólido interviniendo en esta reunión, con todo eso, como debían agitarse allí los intereses religiosos de toda una nación tan importante, determinó Pío IV enviar á este coloquio, por legado suyo, al Cardenal de Ferrara, Hipólito de Este, que por ser muy querido en Francia, podría conseguir algo en favor de la religión católica. El Cardenal pidió al Papa que le acompañase el P. Láinez. Algo repugnó Pío IV á esta salida de nuestro Padre, por lo mucho que se servía de él en Roma. Con todo eso, considerada la gravedad del negocio, insinuó á Láinez la conveniencia de que acompañase al Cardenal en esta jornada (1). Como el asunto tropezaba con muchas dificultades, ya porque se entorpecía el gobierno de toda la Compañía si el General se ausentaba de Roma; ya por los recelos políticos que podían despertarse en España si veían á Láinez al lado de un Cardenal opuesto á los intereses españoles (2), rogó nuestro Padre á Su Santidad que hiciese el favor de imponerle precepto de obediencia para esta salida, á fin de disipar cualquier sospecha de ingerencia propia en el nego-

(1) *Regest. Láinez Hisp.* 1559-1564, f. 353. Roma, 14 de Junio de 1561. Véase la del 3 de Junio, publicada en *Epist. P. Nadal*, t. I, p. 482.

(2) Efectivamente, hubo estos recelos, que hicieron sufrir algo al P. Nadal en nuestra corte. Vide *Epist. P. Nadal*, t. II, p. 82.

cio. Hízolo así Pío IV, y Laínez, nombrando Vicario de la Compañía al P. Salmerón, para el tiempo que durase el viaje, dispuso su partida, llevando consigo al P. Polanco.

El 1.º de Julio de 1561 salió de Roma. Pasando por Caprarolla, pueblo distante unas treinta millas de la Ciudad Eterna, hizo una visita al cardenal Farnesio, que estaba allí enfermo, y á quien la Compañía tenía grandes obligaciones. «Consolóse tanto el Cardenal, dice Polanco, que no se podría fácilmente creer. Hablóse dos veces nuestro Padre el día que allí llegamos, antes y después de comer, de muchas cosas del servicio divino, que fueron tan bien recibidas, que si se ponen por obra, como mostraba el Cardenal la voluntad muy determinada de ponerlas, se podrán tener por muy bien empleados los pasos de Roma á Caprarolla. En lo que toca á la Compañía, quedó el Cardenal de hacer nuestra iglesia de Roma, á lo cual salió de suyo, y de dotar el colegio romano mostró también tener voluntad, y aunque no prometió esta dotación tan expresa como la fábrica de la iglesia, pero sobre esto dijo, que si él no hiciese mucho, que nos quejásemos de él, porque es él más obligado que otro ninguno á nuestra Compañía..... Desde allí se fué nuestro Padre por los colegios de nuestra Compañía que no están muy lejos del camino, Amelia, Perosa, Montepulciano, Sena, Florencia y Bolonia, de donde venimos á Ferrara, y sin la visitación destes colegios y la consolación y ayuda espiritual de los colegiales, á los cuales todos uno á uno ha hablado, y de los amigos y personas de respeto de fuera, ha predicado en todos los dichos lugares con mucho concurso» (1).

Por este modo de viajar visitando los colegios y predicando en los pueblos por donde pasaba, se adivina el nervio y actividad que siempre conservaba Laínez en las obras del divino servicio. Y esta actividad era tanto más admirable, cuanto menos le favorecía la salud corporal para un trabajo tan penoso. Efectivamente, según nos cuenta el P. Ducoudray, que iba á su lado en este camino, en Bolonia asaltó á Laínez una calentura molesta, que luego degeneró en terciana doble. Con calentura hizo el viaje de Bolonia á Ferrara. Aquí se detuvo ocho días para curarse, y porque el legado no podía retardar por más tiempo su partida, nuestro Padre, aunque mal restablecido y convaleciente, se puso también en camino. Todos los días, en llegando á la posada, era preciso meterle en la cama. Comía muy poco, y aun eso poco no lo podía retener muchas veces su estó-

(1) *Regest. Lainez Hisp.* 1559-1564, f. 34).

magó. Quiso Dios que en pasando de Mantua empezase á mejorar la salud de Laínez, tal vez por la frescura del tiempo, pues había viajado por Italia en lo más recio de los calores. Continuando insensiblemente la mejoría, entró nuestro Padre sano y bueno en París el 18 de Setiembre (1).

Mes y medio hacía que estaba abierto el coloquio de Poissy. Háblalo empezado el 31 de Julio el canceller Miguel de L'Hospital con un discurso en que asomó el espíritu cismático, que los políticos querían infundir en aquella reunión. Llamábala el canceller *Concilio nacional*, denominación sospechosa, especialmente en aquellas circunstancias, cuando se acababa de convocar por tercera vez el Concilio de Trento. Cuarenta y ocho Obispos se hallaban presentes, los cuales, como entendieron por el discurso la idea cismática que los políticos les querían meter, se apresuraron á protestar contra ella. Al día siguiente, 1.º de Agosto, reuniéronse bajo la presidencia del Cardenal de Tournon, y declararon solemnemente que no harían nada sin el consentimiento del Sumo Pontífice, que no tenían ánimo de formar Concilio nacional, y que si tomaban alguna resolución para la reforma de la Iglesia en Francia, la someterían á Su Santidad y se abstendrían de definir nada sobre el dogma. Mantuviéronse firmes los Obispos en esta determinación por más de un mes. Entonces la Reina y el canceller, ya que no pudieron malear el buen espíritu de los Prelados, propusieron que se pasara á deliberar sobre otros negocios, y se tuvieron públicas conferencias con los herejes acerca de los puntos controvertidos en materia de religión.

El 9 de Setiembre se dió entrada en la Asamblea á varios doctores calvinistas, para que expusieran sus doctrinas. Sobresalía entre ellos, por su saber y elocuencia, el famoso Teodoro de Beza. Este arrogante heresiarca expuso con más retórica que solidez los principales desatinos de los hugonotes. Dilataron por algunos días los Obispos el dar respuesta á las razones de los herejes, y entretanto propúsose á la Asamblea el reconocimiento oficial de la Compañía de Jesús en Francia.

Nueve años hacía que á petición del Cardenal de Lorena había expedido el rey Enrique II cartas patentes, reconociendo en Francia la Compañía de Jesús; pero el Parlamento, donde nunca faltaron personas hostiles á nuestros Padres, se negó á registrar estas cartas,

(1) *Epist. Galliae*, I, f. 233. La carta del P. Ducoudray es del 27 de Setiembre de 1561.

y como este requisito era necesario para la validez de ellas, quedó frustrado el buen efecto que se deseaba (1). No necesitamos exponer las prolijas diligencias que se hicieron y los medios que se tomaron para vencer la resistencia del Parlamento. Bástenos saber que en 1561 aun no se había superado la dificultad, y aunque los jesuítas existían en Francia desde el principio de la Compañía, y tenían un colegio en París y se habían empezado otros en Billom y en Rodez, no estaba todavía reconocida oficialmente nuestra Orden en el reino. Ahora, debiendo los Obispos reunidos en Poissy deliberar acerca de los negocios eclesiásticos más importantes, remitióles también el Parlamento éste de la admisión de la Compañía.

Presentáronse en el coloquio de Poissy las bulas pontificias que aprobaban nuestro instituto, las cartas expedidas por Enrique II, algunas recomendaciones de varios monarcas, y, finalmente, otros documentos importantes, que podían servir para formar recto juicio de nuestras cosas. La mayoría de los Prelados era favorable á nuestra causa, y muy pronto se resolvió que debía ser reconocida en el reino la Compañía de Jesús. Fué encargado de redactar el dictamen Eustaquio Du Bellay, Obispo de París, y como este hombre había sido enemigo de nuestros Padres, no dejó de manifestar su aversión en la fórmula de aprobación que presentó. He aquí lo sustancial de esta fórmula: «La Asamblea, atendiendo á la remisión del Parlamento de París, ha recibido y recibe, ha aprobado y aprueba la dicha Sociedad y Compañía, como Sociedad y colegio, pero no como religión nuevamente instituída, con la condición de que sean obligados á tomar otro nombre que el de Compañía de Jesús ó Jesuítas, y de que el Obispo diocesano tenga toda superintendencia, jurisdicción y corrección sobre la dicha Sociedad y colegio, para poder expulsar de ella á los díscolos y perversos. Los Padres de esta Compañía no emprenderán nada, ni en lo espiritual ni en lo temporal, que sea en perjuicio de los Obispos, cabildos, curas, parroquias y universidades, ni de las otras religiones, sino que serán obligados á conformarse enteramente á las disposiciones del derecho común, sin que tengan derecho ni jurisdicción alguna, y deberán renunciar de antemano expresamente á todos los privilegios que sus bulas les concedan contra estas cosas. En el caso contrario, si ó no observan lo dicho, ó en adelante obtienen otros privilegios, las presentes letras serán nu-

(1) Véase sobre este punto la hermosa monografía *Maldonat et l'Université de Paris*, escrita por el P. Prat, S. J., p. 26 y sigs.

las y de ningún efecto y virtud, salvo el derecho de la dicha Asamblea y de cualquiera otro» (1).

Aquí en España hubiera sido mirada esta aprobación como un insulto á la Compañía. ¡Tan mezquinos eran los términos en que la aprobaban, y tan embarazosas las trabas que á su acción se oponían! Sin embargo, en Francia, donde no se tenía aún ningún género de reconocimiento oficial, esta aprobación era algo, y podía abrir camino á otras concesiones mayores. Bien advirtieron los Prelados amigos de la Compañía los defectos de esta fórmula; pero apremiados por la tempestad de otros negocios más graves que se les venían encima, determinaron acabar pronto éste, y la fórmula presentada por Eustaquio Du Bellay fué aprobada el 15 de Setiembre de 1561.

Tres días después llegaban á París el Cardenal de Ferrara y nuestro P. Laínez. Lo que sucedió en los días siguientes lo cuenta, con su acostumbrada puntualidad, el P. Polanco, que siempre iba al lado del P. General. He aquí lo que escribe al P. Salmeron con fecha 27 de Setiembre:

«Deteniéndose el correo, avisaré á V. R. de lo que ha sucedido acerca de las congregaciones y collaciones comenzadas con los ministros (como ellos se llaman y lo son de Satanás) en Poissy, que está una legua de San Germán, donde está la Corte, y á media jornada pequeña de París. El miércoles pasado, después que propusieron los dichos ministros lo que sentían de la Iglesia y sus notas, y les fué respondido por el Cardenal de Lorena y un su doctor, demandóseles de su misión y imposición de manos, y Teodoro Beza (que sólo habló aquel día) replicó lo que allí le ocurrió, y concluyó el Cardenal de Lorena con hacerles leer ciertos pasos de un libro que no les fué nombrado, y con leer él mismo un capítulo de la confesión augustana que estos días les había sido enviada con cerca de cuarenta firmas de los ministros de ella, y apretóles á que respondiesen, si se concertaban con nosotros en lo que aquel libro (que era Calvino) y la dicha confesión dicen acerca de la presencia real y sustancial del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en la Eucaristía. Y ellos, aunque rehuían de tratar de esta materia, todavía demandaron en escrito lo que se pedía de ellos, y el Cardenal de Lorena se levantó luego á escribirlo, y mostrando lo escrito á algunos católicos doctores, lo dió al Beza; y así se acabó la disputa de aquel día, diciendo el Cardenal de Lorena que si convenían con nos-

(1) Véase el texto completo en Du Boulay, *Hist. Universitatis Paris*. t. VI, p. 580.

otros en aquel punto, se conferiría con ellos en los demás, y si no convenían, que no se procedería, porque no habría esperanza de acordarse con ellos en lo demás.

»El viernes siguiente, que fué ayer 26 de Setiembre, se tornaron á ayuntar en el mismo monasterio de Poissy y en la misma cámara, y vino la Reina madre, no obstante la lluvia, y el Rey que llaman de Navarra, con su mujer, y el Príncipe de Condé, su hermano, con la suya (bien que ésta no compareció en la estancia, mas oía de una puerta) y el Duque de Guisa y monsieur de Mala [Aumale], su hermano, y el Condestable y Duque de Nemours, y otros señores, con el Consejo real, y los mismos cinco Cardenales que estuvieron el miércoles, Lorena, Borbón, Armiñaque [Armagnac], Châtillon y el cardenal Guisa, y veinticinco Obispos, y creo otros tantos doctores, y entre ellos cuatro de los que vimos con el Cardenal de Ferrara, legado; el cual, ni el cardenal Tournon, no se han querido hallar en estas disputaciones.

»Últimamente vienen los ministros, y comenzó á hablar el Beza, mostrando estar resentidos los dichos ministros de la interrogación que les fué hecha, de quién les enviaba y de su imposición de manos ú ordenación, y para dar razón de esto dijo quería hablar por escrito. Sacó un papel, porque se viese que hablaba sobre pensado y de acuerdo con los otros, y, en suma, viene á decir que por falta de los Perlados de nuestra Iglesia, los cuales no los tenían por Perlados, porque no habían entrado por la puerta, comprando sus obispados, etc., había sido menester que, sin su imposición de manos de Perlado ninguno, extraordinariamente, viniesen, y que sus magistrados y pueblo los habían elegido, alabando aquellas tales elecciones del pueblo y magistrados. Dijo también de la Eucaristía, y dieron en escrito lo que concederían de la presencia del cuerpo de Cristo en este Sacramento, que era bien diferente de lo que el Cardenal les dió escrito, y cosa muy insuficiente.

»El Cardenal de Lorena le respondió luego y, cierto, muy bien, y de manera que la Reina, que estaba presente, podía bien escandalizarse contra los ministros, porque mostró cómo su intento y palabras (de los herejes) iban á deshacer, no solamente la autoridad eclesiástica, mas aun la real, y como buen cortesano, sabiendo que este punto, bien entendido, podía alienar los ánimos de los príncipes, súpole bien exagerar, y después mostró la buena orden que hay en estas presentaciones ó elecciones, y cómo eran legítimos Prelados los de la Iglesia. Habló después del Beza Fray Pedro Már-

tir, que el miércoles no había hablado, aunque se sentaba antes del Beza, y dijo en italiano, porque no sabiendo el francés, la Reina había querido que hablase así antes que latín.

Tocó entre otras cosas diversos puntos de la materia del Santísimo Sacramento con su sofistería acostumbrada, como ejercitado en escribir y hablar blasfemias contra esta tan importante verdad. Fué respondido por el Cardenal y un doctor francés, llamado Pansa [d'Espence] y pasaron algunas réplicas.

»Después habló nuestro P. General en italiano y siempre enderezando su razonamiento á la Reina, por espacio me parece de tres cuartos de hora. Y después de excusarse de hablar siendo extranjero, porque aunque los tales no deben ser curiosos *in aliena republica*, el negocio que se trataba era común, pues la fe no es particular de Francia ó de España, sino católica, tocó tres puntos. Uno fué mostrar los engaños que suelen usar semejantes personas que se apartan de la Iglesia, y la cautela que se debe tener en tratar con ellos y el peligro que hay en ello. Otro fué aconsejar á la Reina que no oyese más esta gente, pues el juicio de los dogmas de la fe no tocaba á ella ni á ningún príncipe seglar, sino al sumo sacerdote ó al Concilio, y que estando éste abierto, parecía cosa muy conveniente remitirnos á él. Su Santidad no faltaría de darles salvoconducto, y que así por los muchos doctos hombres que allí concurren, como por la asistencia del Espíritu Santo, podrían mejor resolverse estos dubios que ellos tienen. Y si todavía Su Majestad quisiese que se confiriese con ellos, que no se hallase ella presente ni aquellos señores seglares, sino que se diputasen personas doctas, y que se excusarían de la molestia de oír tales disputaciones, que aunque lo primero sería mejor, lo segundo sería menos inconveniente que si Su Majestad se hallase.

La tercera parte fué refutar algunas de las cosas dichas por Fr. Pedro Mártir y Beza, y declarar la verdad de la presencia del cuerpo de Cristo nuestro Señor en la Eucaristía, y acabó con una conmoción que en él y otros no era poca, exhortando á la Reina y á todos á la confesión clara de esta fe católica, y no disimular por respetos ó temores humanos, diciendo que si temiesen á Dios sobre todos otros temores, Dios les conservaría el reino temporal y les daría el eterno, y si hiciesen lo contrario, perderían el uno y el otro. Tras esto hubo ciertas otras réplicas de una parte y de otra, sobre las palabras de la consagración, *Hoc est corpus meum*, donde los ministros mostraron bien la propiedad de los heréticos en la obstinación y ceguedad, y